

ramente declarar á san Cipriano en mitad del tercer siglo, que si *habia herejias y cismas* en la Iglesia, era porque no todos tenían vueltos los ojos hácia el sacerdote de Dios, hácia este Pontífice que juzga en la Iglesia OCUPANDO EL LUGAR DE JESUCRISTO.

En el cuarto siglo, el Papa Anastasio llama á todos los pueblos cristianos *mis pueblos*; y á todas las Iglesias cristianas, *miembros de mi propio cuerpo*. Algunos años después, el Papa san Celestino llamaba á las mismas Iglesias, *nuestros miembros*. El Papa san Julio, escribiendo á los partidarios de Eusebio, les dice: *¿Ignorais acaso la costumbre que hay de escribirnos primeramente á Nos, y de decidir después aquí lo que es justo?*

Y habiendo algunos obispos orientales, injustamente sacados de sus sillas, recurrido á este Papa, que volvió á colocarlos en ellas, como también á san Atanasio el historiador que refiere este hecho, observa, *que el cuidado de toda la Iglesia pertenece al Papa á causa de la dignidad de su silla*.

A mediados del siglo V, dice san Leon al concilio de Calcedonia, recordándole su carta á Flavio: *No se trata ya de discutir au-*

dazmente, sino de creer, habiendo mi carta á Flavio, de gloriosa memoria, decidido ya completamente, y con la mayor claridad, todo cuanto es de fe acerca del misterio de la Encarnacion.

Y no queriendo los legados del Papa permitir á Dioscoro, patriarca de Alejandria, que habia sido condenado por la Santa Sede, que ocupase el puesto de los obispos, interin se aguardaba la decision del concilio, declararon á los comisarios del emperador, *que si no sale Dioscoro de la asamblea, ellos se retiran*.

Ni una sola voz se levantó en contra de entre los seiscientos obispos que oyeron leer aquella carta; al contrario, de este mismo concilio es de donde salen aquellas célebres aclamaciones que han resonado desde entonces por toda la Iglesia: *Pedro ha hablado por bcca de Leon, Pedro está siempre vivo en su cátedra*. Y en este mismo concilio decia Lucencio, legado del Papa: *Se ha tenido la osadia de convocar un concilio sin la autoridad de la Santa Sede LO QUE NO SE HA HECHO JAMÁS ni es permitido*. Repeticion de lo que poco antes decia el Papa Celestino á los legados que enviaba al concilio de

Efeso: *Siveis que las opiniones están divididas, acordaos de que vosotros estais allí para juzgar y no para disputar.*

Nada hay, pues, tan evidente, querido amigo, como la supremacia romana, y los obispos del Oriente no han cesado jamás de confesarla, ya con sus acciones, ya con sus escritos.

§ IV. *Testimonios de la Iglesia latina.*

Seria por demás acumular las autoridades sacadas de la Iglesia latina. Para nosotros la supremacia del Sumo Pontífice es exactamente lo que el sistema de Copérnico para los astrónomos. Es un punto fijo, del cual partimos; cualquiera que vacile sobre este punto, poco ó nada entiende en materia de cristianismo.

No puede darse unidad de Iglesia, decia santo Tomás, sin unidad de fe... Pero tampoco puede haber unidad de fe, sin un jefe supremo.

¡EL PAPA Y LA IGLESIA ES TODO UNO! Así lo ha dicho san Francisco de Sales, y Belarmino habia ya dicho antes con una sagacidad que será mas admirada, á medida

que los hombres vayan siendo mas discretos: *¿Sabeis de qué se trata cuando se habla del Soberano Pontífice? se trata del cristianismo.*

Á pesar de haber sido decidida en el concilio de Trento la cuestion de los matrimonios clandestinos por una gran mayoría de votos, no por esto dejó de decir á los Padres reunidos uno de los legados del Papa después de haber ya firmado sus colegas: «Tambien yo, legado de la Santa Sede «apruebo el decreto *si lo aprueba nuestro santo Padre.*»

El clero francés, en su asamblea general de 1626, daba al Papa los nombres de *cabeza visible de la Iglesia universal, vicario de Dios en la tierra, obispo de los obispos y de los patriarcas; en una palabra, sucesor de san Pedro, en el cual han tenido principio el apostolado y el episcopado, y sobre el cual ha fundado Jesucristo su Iglesia, dándole las llaves del cielo con la infalibilidad de la fe, que se ha visto conservarse siempre inmutable en todos sus sucesores hasta nuestros dias.*

Hácia el fin del mismo siglo hemos oido exclamar á Bossuet, como lo habian hecho los Padres de Calcedonia: *Pedro está siem-*

pre vivo en su cátedra, y aun añadir: «*Apacienta también á los pastores que con respeto á tí serán ovejas.*» Y en su famoso sermón sobre la unidad, dice sin vacilar: «*La Iglesia romana no conoce la herejía; la Iglesia romana se mantiene siempre virgen... Pedro vive en sus sucesores, y es el fundamento de los fieles.*»

Y su amigo Fleury, el gran defensor de las máximas galicanas, no por esto deja de decir con menos seguridad: «*LA IGLESIA ROMANA NO HA ERRADO JAMÁS.....*» *Confiamos que Dios no permitirá que nunca prevalezca el error en la Santa Sede de Roma, como ha sucedido en las demás sillas apostólicas de Alejandria, de Antioquia y de Jerusalem, porque Dios ha dicho: «He rogado por tí, ó Pedro, etc.»* En otra parte dice *que el Papa es nuestro superior en lo espiritual, como lo es el rey en lo temporal*, y hasta los mismos obispos que acababan de firmar los cuatro artículos de 1682, no obstante, concedían al Papa en una carta circular que dirigieron á todos sus colegas el *poder supremo eclesiástico*.

También han rendido en Francia un ho-

menaje muy notable á los buenos principios, los tiempos espantosos de la revolución, que afortunadamente están ya léjos de nosotros. Sabido es que en el año 1810 Bonaparte encargó á un consejo eclesiástico que respondiese á ciertas cuestiones de disciplina fundamental, bastante delicadas en las circunstancias que se atravesaban entonces. La respuesta que dieron los diputados á la que estamos examinando ahora, fue sobremanera notable. *Un concilio general, dijeron, no puede tenerse sino con la cabeza de la Iglesia; no siendo así, no estaría representada la Iglesia universal. Fleury lo dice muy expresamente; la autoridad del Papa ha sido siempre indispensable para los concilios generales.*

Es verdad que una cierta rutina francesa indujo á los diputados á decir en el decurso de la discusión, *que el concilio general es la sola autoridad superior al Papa en la Iglesia*; mas luego se ponen de acuerdo consigo mismos, añadiendo: *Pero podría suceder que fuere imposible todo recurso (al concilio) ya porque no quisiere el Papa reconocer un concilio general, ya porque, etc.*

En una palabra, desde la aurora del cristianismo hasta nuestros días, querido amigo, no hallarás que se haya variado en lo más mínimo esta costumbre. En todos tiempos han sido tenidos los Papas por jefes supremos de la Iglesia, y siempre han desplegado sus poderes. De modo que es tan clara, tan incontestable, y tan universalmente reconocida la supremacía del soberano Pontífice, que hasta cuando hubo la grande escisión del Oriente, ninguno de los obispos que se sublevaron contra su poder, ni el mismo autor del cisma se atrevió á usurparlo. Negaron sí, que el obispo de Roma fuese *cabeza de la Iglesia*, pero ninguno de ellos se atrevió á decir, *yo lo soy*; de manera que cada Iglesia permaneció sola y *acéfala*, ó lo que es lo mismo, fuera de la unidad y del catolicismo.

EJEMPLOS.

HONORES TRIBUTADOS AL PAPA POR UN GRAN PRÍNCIPE.

Después de la célebre batalla de Meriñan, que, como es sabido, ganó Francisco I rey de Francia, determinó el Papa Leon X salir al encuentro del vencedor para conferenciar con él. Dirigióse, pues, á Bolonia, después de haber nombrado dos cardenales para que fuesen hasta las fronteras del Estado de la Iglesia á recibir al Rey.

Este Príncipe con sola su escolta ordinaria, y con los oficiales de su corte, fuese inmediatamente á Bolonia, en cuyas puertas le estaban aguardando veinte cardenales con capas uniformes. Después de un discurso en el cual no dejó la elocuencia italiana de prodigarle los mayores elogios, fue conducido al son de mil instrumentos y con el ruido de todas las campanas de la ciudad, atravesando el inmenso gentío que llenaba las calles, á la habitación que se le tenía preparada en el mismo palacio del Papa. Subió de punto el interés de semejante espectáculo, cuando después de comer fue introducido en el consistorio: viéndose reunidos un Rey, que á los veinte y dos años era contado entre los héroes; y uno de los Papas más grandes, que contaba apenas cuarenta años. El Rey después de haber rendido sus homenajes religiosos al Soberano Pontífice, le dijo con acento alegre: «Beatísimo Padre, estoy sumamente complacido de verme así cara á cara con el Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo. Yo soy el

«hijo y servidor de Vuestra Santidad, y estoy pronto á ejecutar vuestras órdenes.» Respondióle el Papa de la manera mas afectuosa, y esta primera entrevista fue igualmente satisfactoria para entrambos.

Al dia siguiente durante la solemne celebracion de la santa misa no contento el Rey con tributar al Papa los honores acostumbrados, cuando se fué á su trono para revestirse con los ornamentos pontificales, quiso absolutamente servirle de caudatario á pesar de cuantos esfuerzos hizo Leon para impedirselo, contestando siempre el Rey, que se tenia por muy honrado de poder prestar al Vicario de Jesucristo los menores servicios. Se le habia preparado un sillón; pero no quiso sentarse en él, y se estuvo en pié hasta el momento de la consagracion, desde cuyo tiempo hasta la comunión del celebrante, permaneció postrado y juntas las manos delante de la cara. Fueron tantos los que quisieron recibir la sagrada Comunión de manos del Papa que fue preciso hacer apartar la muchedumbre, no dejando acercarse mas que los personajes de mas elevada categoría. Esto dió motivo para que exclamase un oficial: «Beatísimo Padre, ya que no llega á tanto mi dicha de que pueda recibir de vuestras manos la sagrada Hostia, quiero por lo menos confesarme con Vuestra Santidad, y como no me es posible deciros mis pecados al oído, os declaro públicamente que he peleado con todas mis fuerzas contra el difunto Papa Julio. Verdaderamente, añadió el Rey con viveza y con su acostumbrada franqueza, también yo me encuentro en igual caso;» y muchos cortesanos se confesaron de lo mismo; «mas no os sorprenda, añadió el Príncipe, el que hayamos hecho fren-

te al Papa Julio; porque realmente era nuestro mas furioso enemigo, y no se ha visto jamás un hombre mas terrible que él en los combates. En verdad «hubiera estado mejor al frente de un ejército que «no en la cátedra de san Pedro.»

Leon X les absolvió al momento de las censuras en que podian haber incurrido; y el Rey conservó siempre por el Jefe de la Iglesia el respeto que se debe al Vicario de aquel, á quien llama la sagrada Escritura el Rey de reyes.

(Anécdotas cristianas).

DECLARACION DE SAN GERÓNIMO.

Durante el cisma de Antioquía fue san Gerónimo molestado hasta en su desierto. Preguntábanle qué comunión seguís, la de Vital, la de Melecio, ó la de Paulino, que eran los tres que dividían el rebaño. — Estando en duda, escribió al Papa san Dámaso en estos términos: «No siguiendo á otro jefe que á Jesucristo, me conservo adicto á la comunión de Vuestra Santidad, es decir, á la cátedra de san Pedro. Todo «el que come el cordero fuera de esta casa, es profano; todo aquel que no está dentro el arca de Noé «perece en el diluvio; todo el que no acumula con «vos, disipa; por lo tanto os suplico que me indiquéis con quién debo comunicarme.»

El Soberano Pontífice tomó en consideración la súplica de san Gerónimo, y siguiendo las instrucciones que recibió de Roma, adoptó este ilustre Doctor la comunión de Paulino, que le ordenó de sacerdote. Sujetarse humildemente á las decisiones de la

santa Sede, es el único medio de no incurrir en error en cosas de fe.

(*San Hieron., Epist. 57.*)

SABIA CONDUCTA DE LA PRINCESA ISABEL.

Antes de casarse la princesa Isabel Cristina de Wolfenbittel con Carlos de Austria, mas tarde el emperador Carlos VI, quiso para tranquilizar su conciencia, consultar á los luteranos, cuya secta habia seguido hasta entonces.

Reunidos los doctores protestantes en Hehnstard contestaron, *que en cuanto al fondo de su doctrina no están los católicos en error, y que puede uno salvarse siguiendo su Religión. Siendo así, dijo la Princesa al saber su decision, ya no hay que dudar; y mañana mismo abrazaré la fe de la Iglesia romana, porque tratándose de materia tan importante el partido mas seguro es siempre el mas sabio.*

Lo mismo respondió el padre de la Princesa, y ambos abjuraron sus errores.

(*Discusion amistosa.*)

SUMISION DE FENELON.

Fenelon, arzobispo de Cambrai fue acusado por varios obispos de Francia, y entre otros por uno de los mayores hombres de su siglo el célebre Bosouet, obispo de Meaux, de haber comprendido en una obra ascética titulada, *Explicaciones de las máximas de los santos*, muchas proposiciones algo avanzadas en materia de religion. Por de pronto defendió el Arzobispo su obra; mas no habiendo podido mu-

dar la opinion de sus adversarios, se remitió á la decision del Papa. Examinado el libro por una comision de cardenales, dió motivo á largas discusiones; pero finalmente fue condenada por Inocencio XII, y el Arzobispo recibió la noticia en el acto de subir al púlpito.

Cambiando de repente el tema de su sermón, se extendió muchísimo sobre la sumision que se debe tener á la autoridad, y lo hizo de un modo tan tierno, que arrancó las lágrimas de todo el concurso. Pero no fue esto todo; como arzobispo debia anunciar á la Iglesia, cuyo jefe era, la condenacion de su propia obra y prohibir su lectura: hizolo en efecto con los términos mas sencillos sin reclamacion ni restriccion de ningun género: «Nuestro Sumo Pontífice, dijo, ha condenado por un breve el libro titulado: *Explicaciones de las máximas de los santos* con veinte y tres proposiciones que contenia. Nosotros nos adherimos á este breve, tanto por lo que hace al texto del libro como por lo tocante á las veinte y tres proposiciones, simple y absolutamente y sin sombra de restriccion. De todo corazón os exhortamos á una sumision igual, y á una obediencia ciega, temerosos de que no se altere insensiblemente la simplicidad de obediencia que se debe á la santa Sede, de la cual queremos, con el auxilio de Dios, daros el ejemplo hasta el fin de nuestra vida. No permita Dios que se hablen nunca de nosotros, como no sea para recordar que un pastor ha creído deber ser tan dócil como la última oveja de su rebaño, y que no ha puesto límites á la sumision.»

(*Historia de Fenelon.*)

OPINIONES ACTUALES DEL CLERO FRANCÉS.

Monseñor Fornari, arzobispo de Nicea y nuncio apostólico ha celebrado de pontifical en *san Nicolas-des-Champs* y ha presidido la Junta de caridad, que ha tenido la obra de la conferencia de san Vicente de Paul, fundada en esta parroquia. Su Excelencia con una exquisita finura habia querido hacer su primera visita solemne á la parroquia del *decano* de los curas párrocos de Paris. El respetable señor abate *Frasey* le ha dirigido una expresiva alocucion, en la cual se ha hecho, podemos asegurarlo, el intérprete de todos los católicos de nuestro país.

«Católico desde el fondo de las entrañas, segun expresion de nuestro Bossuet ha dicho á monseñor el nuncio, la Francia levantó siempre sus ojos llenos de amor y de confianza hácia esta *silla augusta* puesta á la vista de los pueblos, como la casa de refugio y el puerto de salvacion; hácia esta *cátedra inmoble*, desde la cual preside y enseña Jesucristo, en la persona de su primer Apóstol, vivo siempre en la de sus eternos sucesores: *Cátedra sagrada y sin igual, cátedra de unidad* en la cual ha colocado Dios la doctrina de la verdad, única que puede salvarnos.

«Digno órgano del Soberano Pontífice, del Pastor de los pastores, y nuestro Padre comun, dignese V. E. elevar hasta los piés de Su Santidad el sincero homenaje de nuestra plena y entera adhesion, de nuestra union inviolable, de nuestro completo rendimiento.»

(*Diario de las ciudades y aldeas*, n.º del 4 de febrero de 1844).

CAPÍTULO II.

De la independencia temporal del Papa, obispo de Roma.

A mas de la supremacia espiritual, querido Teófilo, tiene el Papa un poder temporal, el cual se limita á los Estados sujetos á su dominio, y esto es lo que constituye la independencia temporal del Pontífice de Roma, jefe de la Iglesia universal.

§ I. *Origen de esta independencia.*

El mundo era ya cristiano, habia sido vencido por la fuerza del martirio y por la gracia de Dios. Ocupa ya el trono de los Césares un príncipe que considera el cristianismo, no como *la religion de la mayoría*, sino como dimanada de Dios para salud de los hombres.

Lo reconoce, pues, bien que demasiado tarde para que no puedan atribuirse los triunfos. Todavía hace mas; por una de estas resoluciones inexplicables, segun el mundo, transporta su trono al extremo de